

hermosa idea la de nuestra reexistencia, porque lisonjea el amor propio, nos sostiene en las aflicciones, y suaviza el penoso camino que nos lleva a la muerte". Su Esculapio le aconsejó que no se detuviera en pensamientos tan lúgubres. "No temáis—le dijo—que me atormenten los terrores de la muerte: yo sé apreciar. Según Píndaro, *es el sueño de una sombra*. Amiga mía estimada, añadió hablando conmigo, yo te he enseñado a vivir, y quiero enseñarte a morir. Ignoro qué es lo que venimos a hacer a este globo; pero mientras Carón dispone su barca a efecto de pasarme, yo me quiero ensayar a dar un ligero salto para tomarla, con la idea de que el fin de mi viaje se parezca a la noche de un bello día".

Puso orden en sus negocios con admirable presencia de espíritu, se hizo seguidamente transportar a su jardín, que estaba en las puertas de la ciudad, y mandó colocar su cama enfrente de la ventana, para gozar—decía—todo el tiempo que pudiera, de la vista del campo y del atractivo de su verdura. Adornó su cuarto con ramas de árboles y con vasos de flores. Prohibió que, según los estilos ridículos, entristeciera la oscuridad su habitación. De día estaba alumbrada por el claro sol, y de noche la luz reflejada de muchas hachas suplía la claridad del día. Habiendo notado lo apesadumbrada que yo estaba, me preguntó de este modo:—"¿Por qué os afligís? ¿Sabéis si la muerte es un mal o un bien? El tiempo que separa al que muere del que le sobrevive, es sobrado corto para que merezca excitar vuestros pesares. Con tan sosegados ojos debe mirarse el flujo y reflujo de las generaciones, como la sucesión de las olas del mar o la de las hojas de los árboles. ¿Qué importa que aparezcan o desaparezcan individuos? La tierra es un teatro en que los actores y